

Otro Haití es posible

Ahí estábamos, en Haití, intentando plantarle cara al olvido. Pero queríamos también buscar un rayo de esperanza. Por ello, nos fuimos hasta allí con una carga de cocinas solares, para hacer de ellas un símbolo del cambio, de que siempre es posible empezar de nuevo de otra manera.

TEXTO CARLOS FRESNEDA, MANOLO VÍLCHEZ Y JOSÉ ANDRÉS FOTOS M. VÍLCHEZ

Hay viajes de los que no se regresa nunca. Hay vivencias, personas, paisajes que se quedan clavados en el alma. Aunque a veces duelan. Aunque a veces pesen como gruesos nubarrones sobre nuestras conciencias acomodadas, habitantes que somos de la parte *privilegiada* del planeta, tan cerca de ese otro mundo invisible donde la vida es pura supervivencia y la muerte machaca con saña. Haití, sin ir más lejos.

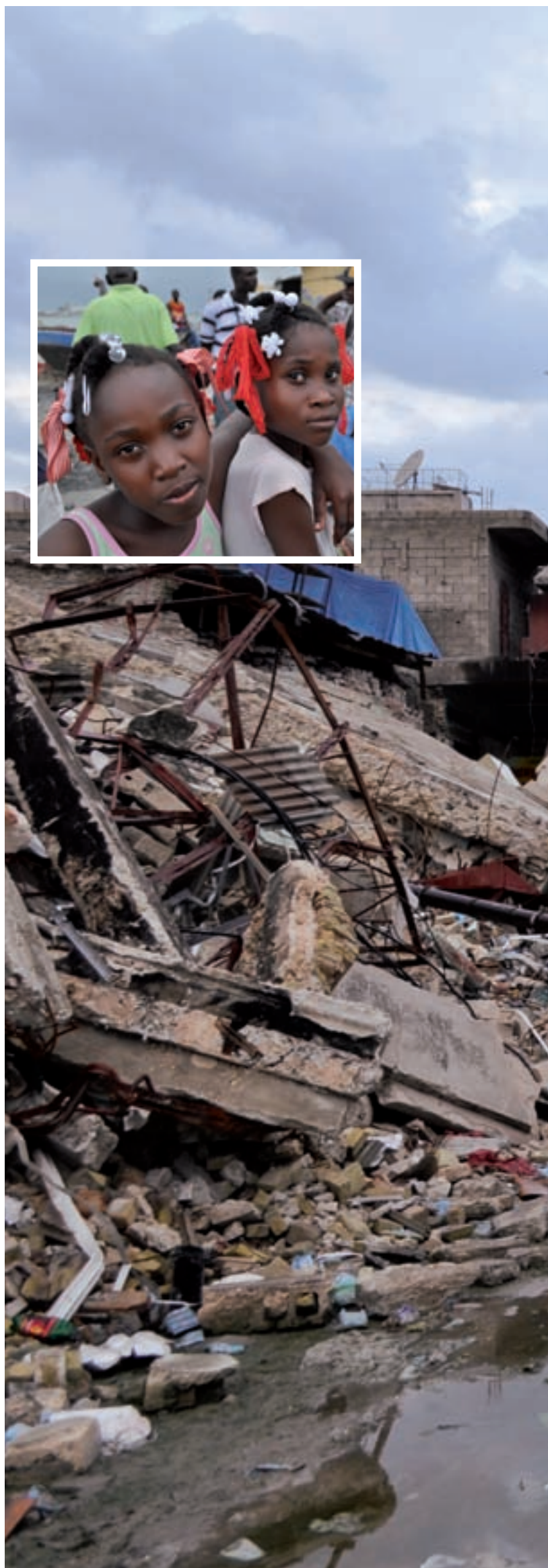
El terremoto había quedado atrás. Y aunque las víctimas superaban ya las 250.000, y un millón de personas vivían a la intemperie en las condiciones más desesperadas, los grandes medios habían decidido pasar de hoja, pendientes siempre de la próxima guerra o del próximo desastre.

La idea era precisamente plantarle cara al olvido y a la actualidad sangrante. Recordar que la tragedia seguía viva, pero buscar al mismo tiempo un rayo de esperanza. Por pequeño que fuera. Aunque hubiera que encontrarlo en las montañas deforestadas de Fond Verrettes, en las destartaladas ciudades-tienda de Puerto Príncipe o en la remota aldea de Areguy.

EXPEDICIÓN SOLAR

Poco a poco se fue forjando en nuestra mente la ruta imaginaria, con la ayuda impagable de Cesal, Ingeniería sin Fronteras País Vasco y otras ONG españolas, norteamericanas y haitianas que nos ayudaron a desbrozar el camino a distancia. Pero no queríamos conformarnos con viajar para contarlo. Había que encontrarle un sentido a todo aquello y, poco a poco, fue surgiendo la idea de una expedición *solar*.

Paul Munsen, de Sun Oven International, y la gente de SolarWorld fueron marcando la senda. Aunque hablar de cocinas solares en Haití era poco menos que mentar a los marcianos.





Edificios y calles totalmente destruidas tras el terremoto, en el centro de Puerto Príncipe, la capital de Haití. Arriba, unas niñas en el barrio de Cité Soleil, en Puerto Príncipe.





Se hace camino al andar

por José Andrés

Uno de los cocineros más prestigiosos; reside en Estados Unidos, donde dirige el ThinkFoodGroup.

Llueve en Bethesda, Maryland, donde resido desde hace años. No puedo dejar de pensar que en Haití también estará lloviendo. Y no tienen dinero para paraguas. Las goteras aparecen allí donde menos te lo esperas. Pero están acostumbrados... o no. Al mal tiempo, buena cara, cantó Serrat. No son las goteras lo que me preocupa. Es dónde están situados esos campos de tiendas sin límite. Pequeñas ciudades organizadas en un santiamén. Muchas están en lugares que se inundan o en zonas de riadas. La lluvia no penetra en la tierra. Resbala por las laderas...

Haití es la cara de una madre que llora desconsolada. Y con su llanto daña a sus hijos sin saberlo. Cualquier valle, camino o calle se convierte en un río. Y mucha gente no tendrá donde resguardarse. Podría seguir describiendo más escenas que se mantienen congeladas en mi mente. Cuentos de pena. Pero mis días en Haití me han cambiado, me han enseñado y me han mostrado que se hace camino al andar.

Un paso adelante es lo único que necesita esta gente. Un paso de millones de personas. Ellos ya lo han dado. Me refiero a un paso adelante nuestro. De nuestros gobiernos, de nuestros políticos. Pero también de todos nosotros. Hoy hablamos de Haití, pero hay tantos países como ellos. Demasiados. Soluciones ya. ¿Socialismo o capitalismo? Ni lo uno ni lo otro: pragmatismo. Dejemos la política a un lado y dejemos hacer a los que saben, a los técnicos en sus diferentes campos.

Lamentablemente, eso no sucede. Para mí es difícil ya pensar en tomarme un café. ¿Le estarán pagando bien al que lo recoge miles de kilómetros de distancia de donde vivo yo? Tal vez no... ¿Qué hacemos? Lo que está claro es que el nivel de vida que tenemos en Occidente no es sostenible. Y si no estamos dispuestos a salir al mundo, si nos quedamos en nuestros hogares y vemos la televisión basura y no los documentales, nunca sabremos qué pasa en el mundo. Pobreza, hambre, enfermedades... Si nos quedamos en casa, todo está bien. El Estado nos financia la energía y nuestra sociedad del bienestar. Es un derecho. Que no nos lo toquen. Eso está bien... Pero estaría mejor si otros tuvieran servicios mínimos universales.

Hay gente que vive en el infierno y no lo sabe. Porque hay un espíritu de superación en el hombre que puede con todo. Si no, no lo entiendo. Cuando caminaba por las calles de Puerto Príncipe y por el interior de los campos, esas sonrisas de los niños parecían decirte: “¡Te perdono! Comprendo que tu vivas mejor que yo”.

Tal vez exista la reencarnación. Sería justo. Nos daría a todos la oportunidad de pasar por las experiencias de otros. De pasar hambre, frío, de no tener nada... Y tal vez pasaríamos a la acción. No intentando ayudar cuando los problemas aparecen, sino con prevención. ¿Alguien se acuerda de los niños hambrientos de Etiopía? ¿O los del Perú?

El trabajo de las ONG es maravilloso. Con poco hacen tanto. Españoles, hay muchos. Pero me gustaría resaltar a Cesal. Tremenda labor. Me pregunto yo qué sería de todos esos niños sin las ONG. El Gobierno americano está haciendo una gran labor. Al menos, yo observo muchas personas del Departamento de Estado comprometidas con la causa.

Sigue lloviendo en Bethesda. Las fotos que he tomado pasan sobre la pantalla de mi ordenador por sí solas. Imágenes de niños y de madres. De edificios destrozados. Pero de bosques o ríos hermosos también.

Un terremoto es un aviso de allá arriba. Espero que este aviso sea un pequeño paso atrás para el hombre, pero un gran salto hacia delante para la humanidad. La desigualdad social está por todas partes. No hay que irse al Tercer Mundo. En Madrid o Washington, no muy lejos de donde tú vives, también hay historias. Descúbrelas y ayuda. Como dije antes, se hace camino al andar.

Nuestra llegada iba a coincidir con la época de lluvias, pero la consigna contundente de sor Pilar (a la que luego conoceremos) disipó las últimas dudas: “Aquí el sol nunca nos falta”.

El impulso final llegó en forma de llamada telefónica. El cocinero José Andrés nos llamó desde Washington. Que había probado la cocina solar a varios grados bajo cero y se quedó impresionado con los resultados. Que quería viajar con nosotros y con una docena de *parabólicas* solares bajo el brazo para enseñar a los haitianos a cocinar con el sol. Así nació The Solar For Hope (con el artículo delante, a la española).

TRES PERSONAS Y UN SOLO OBJETIVO

Lo que empezó como una improbable trinidad –el cocinero global, el microempresario/comunicador y el periodista sin más– acabó fraguando en una auténtica misión de tecnología solar. Los consejos de Telmo Aldaz de la Quadra-Salcedo, que ya abrió brecha con “Madrid Rumbo al Sur”, fueron también vitales para atinar con nuestra ruta. El punto de partida fue Santo Domingo, a bordo de una ranchera blanca que partió un viernes de abril con 400 kilos de materiales como carga y otros tantos de ilusión.

Llevar a un cocinero solidario en la expedición hizo que acabáramos con las existencias de un colmado en Jimaní, antes de dejar atrás el trópico privilegiado y enfilarse hacia la deforestación absoluta que ya se palpaba desde el otro lado de la frontera. El tajo entre los dos países que viven de espaldas en la isla de La Española no es tan brutal como lo describe Jared Diamond en *Colapso*. El paisaje en la República Dominicana se va desdibujando desde que dejamos Barahona y el verde se va trocando poco a poco en un marrón árido, hasta virar al gris a la altura de Haití.

Malpaso/Malpasse hace honor a su doble nombre. La frontera es un purgatorio polvoriento y nauseabundo donde todo vale. La corrupción de poca monta es la moneda corriente en el lado dominicano; la miseria es la triste impronta en el flanco haitiano. El lago Enriquillo deja paso al Lac Azuei, siempre al borde del desbordamiento por el agua que baja a raudales de las montañas peladas, en su día, forestas de un paraíso.

La primera e imborrable visión: barcas cargadas de carbón vegetal. Y el sudor del remero haitiano, emparentado con los esclavos africanos. Lo traen de contrabando desde la República Dominicana, donde se está propagando ya el virus de la deforestación. A ocho dólares el saco, multiplicado por tres o cuatro antes de llegar a la capital. El carbón vegetal es la vida y la lacra de los haitianos. Sin él, no comen. Con él, agonizan lentamente junto a su tierra desposeída y maltratada.

El 97% del país está deforestado. Cada persona consume al año el equivalente a 500 kilos de madera. Todos los años se talan 30 millones de árboles y se queman 380.000 toneladas de madera. Una familia media se deja la mitad de sus ganancias –16 dólares semanales– en la compra de la leña tiznada: una comida para 4 personas puede costar en carbón el equivalente a lo que cuesta la energía para una comida para 40 en Barcelona.

Las columnas humeantes de las carboneras van marcando el camino polvoriento hacia Fond Verrettes, nuestra primera parada. Las montañas ofrecen su lado más crudo y devastado. Avanzamos a duras penas entre desfiladeros y torrenteras: a nuestro paso salen niños semidesnudos, montados en burros o cargando durante kilómetros un bidón en la cabeza rumbo a una aldea donde el agua potable y la luz eléctrica son aún una quimera.



El 97% del país está deforestado. Una familia media se deja la mitad de sus ganancias en la compra de carbón para cocinar

Fond Verrettes o la metáfora del Haití profundo. Fond Verrettes o la pobreza en su versión más extrema, bajo un yugo de nubarrones que amenazan con descargar su ira cada tarde. Un ciclón arrasó por completo la aldea en 2004. El agua se lo llevó todo y sólo dejó en pie los muros azules y blancos de la antigua comisaría, allá a lo lejos. Los muertos se contaron por decenas en un pueblo de 900 familias.

Pero Fond Verrettes tiene también algo de extraño paraíso perdido y rocoso. En sus callejones se respira una placidez de otra época, aderezada por el canto a destiempo del gallo. Y en los puestos del mercado se atisba un bullicio contagioso desde las seis de la mañana, incluido el paisano con su puesto de recargador de móviles, con el apoyo solar fotovoltaico.

“En este pueblo está todo por hacer: ése es el gran reto que tiene también el país por delante”, atestigua Jorge Calero, ingeniero de montes y cooperante de la ONG Cesal. Jorge llegó a la zona hace apenas cuatro meses y ya ha quedado atrapado en el poderoso e inexplicable imán de Fond Verrettes, belleza dura donde las haya. Su sueño es convertir el lugar en un modelo de *soberanía alimentaria* y en un reclamo de futuro turismo solidario, porque harán falta muchas manos para sacarlo a flote...

“Las hambrunas son frecuentes y el agua es un problema acuciante”, afirma Jorge. “Muchos niños no van a la escuela porque tienen que traer agua a casa cada día. El río más cercano está a varios kilómetros, y los sistemas de captación del agua de lluvia son muy deficientes. La tierra es mala para el cultivo, y la gente practica

una agricultura de subsistencia, sobre todo maíz y frijoles. Les ayudamos a organizarse y a mejorar los medios de comercialización, que son su único soporte económico.”

LO QUE OCURRE CUANDO NO HAY ÁRBOLES

“La erosión, nuestro gran problema es la erosión”, certifica el alcalde, Jean Junel. “Nuestra principal fuente de energía es el carbón vegetal, y en ese proceso hemos acabado con los árboles. Hemos tenido cuatro ciclones en diez años y estamos totalmente desprotegidos. Antes no era así, todo esto se ha agravado en los últimos 25 años... La gente corta los árboles para poder sobrevivir, no hay otros medios para ganarse la vida.”

La degradación está directamente vinculada con la pobreza extrema, que llega al 67% en las zonas rurales. En el país profundo, la electricidad y el agua apenas alcanzan al 10% de los hogares. El círculo de la miseria se expande sin remedio.

Pero todo es posible en Fond Verrettes, donde despertó gran curiosidad la cocina solar. El pueblo entero ayudó en la construcción del ingenio parabólico, que estuvo listo en poco más de una hora, a la caída de la tarde.

Al día siguiente, José Andrés preparó su primer arroz solar ante los ojos y los paladares atónitos de la parroquia local. Corrió la voz, y el guiso se agotó en un abrir y cerrar de boca. El cocinero de la expedición improvisó entonces unas migas con sardinas. De buena gana se habría quedado allí toda la semana, pero Puerto Príncipe era ya un rumor demasiado cercano.



THE SOLAR FOR HOPE



De izquierda a derecha y de arriba abajo: montaje de cocinas solares en el refugio coordinado por la ONG Cesal; la alegría en el momento de la entrega a dicha ONG en Fond Verretes; cocinera en la ONG Pure Water; entrega de la cocina a dicha ONG en su oficina de Puerto Príncipe. Por último, José Andrés dando las explicaciones de uso a las Hermanas de la Caridad, que recibieron otra cocina solar.





El cocinero José Andrés reparte la comida recién salida de la cocina solar en la zona de los refugios coordinados por Cesal, en Puerto Príncipe.

Una vez montada la primera cocina solar, un paisano pregunta cómo pueden fabricar ellos esas máquinas que no necesitan carbón

PUERTO PRÍNCIPE, PLANTANDO CARA A LA TRAGEDIA

El sol pega duro a las seis de la mañana en la capital haitiana. A esas horas, las calles de Puerto Príncipe son ya un hervidero trepidante de gente buscándose la vida, vendiendo mangos y tostones entre las ruinas, plantándole cara a la tragedia con una entereza a prueba de terremotos y ciclones.

El temblor estaba aún reciente, pero los haitianos habían decidido volver a la faena con pasmosa premura, entre montañas de cascotes y de basura fermentada, entre ríos de agua sucia y barrizales, entre una marejada de ciudades-tienda que noche tras noche se inundan y les condenan a un perenne duermevela.

Pero todo esto forma ya parte de la *rutina* en Haití, ante los ojos incrédulos de todos los que venimos de fuera, que seguimos preguntándonos de qué fibra está hecha esta gente, cómo son capaces de tirar del carro en la devastación absoluta, después de haber perdido a la familia y sin más *posesiones* que la dignidad y la paciencia, prestos siempre a desarmarte con una implacable sonrisa. Como nos comentó Cameron Sinclair, de Arquitectura para la Humanidad, hablando de la reconstrucción de Haití, ¿cómo no va a ser posible cuando en sus calles hay 9 millones de emprendedores con enormes ganas de construir su futuro!

Jordi Bach, catalán sin fronteras, al frente de Cesal en Haití, encuentra la respuesta en un dicho local: “Mientras no te corten la cabeza, tienes la esperanza de ponerte el sombrero”. Pese a todo lo vivido desde el terremoto, Jordi no sale de su asombro ante las pruebas de entereza de este pueblo vapuleado por la naturaleza y por la historia: “Tenemos a nueve millones de personas con una capacidad extraordinaria, atrapadas en el peor de los sistemas... En medio de toda esta destrucción, se abre una última oportunidad. O Haití sale de ésta ahora o no sale nunca”.

La máxima preocupación de Jordi es ahora proteger a los 6.400 refugiados en los tres campamentos que Cesal gestiona en Cité Militaire –bajo indicación de Naciones Unidas– de las tormentas tropicales... Desmond y Angelique Fourton, que perdieron la casa en el terremoto, han logrado elevar su tienda a tres palmos del suelo, suficientes para que el agua corra por debajo por las noches. Las goteras son inevitables; a sus tres hijos les reservan la parte seca. Dos de ellos han vuelto ya al colegio, y aunque él perdió su empleo como vigilante, “tenemos que darle gracias a Dios por estar vivos: hemos perdido tantos amigos y familiares en el temblor...”.

El miedo al terremoto (pocos, muy pocos se atreven aún a dormir bajo techo firme en Puerto Príncipe) ha dejado paso al temor a los huracanes, que pueden arrasar las ciudades-tienda en cuestión de segundos. Sin embargo, Jordi Bach tiene puesta ya la mirada en lo que vendrá después: “La gente no puede vivir mucho tiempo más en estas condiciones. Hay que ir creando poco a poco la cultura del regreso”.

TALLER DE COCINA SOLAR

Impartir el taller habitual sobre el uso y manejo de la cocina solar, la caja para calor retenido, las linternas y lámparas solares y repartir el material escolar fue una sorpresa para nosotros por el extraordinario grado de organización de la gente. A la hora en punto, todos –algunos con sus mejores humildes galas– prestaron especial atención a nuestras explicaciones, mientras Jordi traducía. Las preguntas fueron muchas, entre ellas la de un paisano con espíritu emprendedor sobre cómo fabricar en el lugar esas máquinas para cocinar que no requieren carbón cuando luce el sol. Fue la más emocionante y potente de todas las charlas dadas para hablar del paso a la acción, camino a la revolución

solar, aquí más que urgente. No nos saltaron lágrimas porque no tocaba, pero casi, porque la emoción se dispara cuando ves que estás cumpliendo con lo que habíamos puesto en el papel y con lo que les dijimos a nuestros colegas partícipes en la distancia.

Y para iluminar las noches, la brigada de vigilantes recibió agradecida todo el *pack* de lámparas solares. Los saltamontes solares, un excelente *kit* educativo para niños, levantó expectación entre las monjas educadoras y algún que otro zagal atento al bicho de juguete sin pilas.

Ya caía la noche, Noel Jean Beret, músico, Louis Jean Fefny, profesor, y Teifont Widni, mecánico, hicieron que el montaje de la segunda cocina fuera de lo más emotivo por estar donde estábamos, por sus impresiones sobre lo importante que es el uso de la energía solar para el medio ambiente de su país y para su gente.

Todo sirvió para que, al día siguiente, un equipo de cocina especial cogiera de un colmado más de lo que las dos cocinas podían gestionar. Allá estaba el equipo improvisado de pinches con nuestro cocinero solar al frente de los fogones sin carbón, con unas ollas enormes de judías y arroz que rebosaban. José Andrés preparó mucha y buena comida. Tenía que hacerlo, es lo que sabe y quería hacer, y lo consiguió lejos de sus fogones americanos, delante de dos parabólicas de aluminio, recibiendo un sol a ratos con nubes, y unas cestas térmicas de plástico polipropileno. Él y todos nos encontramos frente al máximo valor de nuestra misión, cocinar recetas para el *cambio*.

CON LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Más tiempo que nadie lleva al pie del cañón la inquebrantable sor Pilar Pascual. Casi media vida (27 años) se ha dejado la monja y enfermera navarra en los dispensarios de María Magdalena de las Hijas de la Caridad. Ahora está en uno de los barrios más duros de Puerto Príncipe, Cité Soleil. Incontables huracanes, golpes de Estado y demás contratiempos políticos y naturales han pasado ante sus ojos... “Pero nunca nos enfrentamos a un desastre de la magnitud del terremoto. Los haitianos han perdido lo poquísimo que tenían, ya los veis. Ahora sí que es una auténtica lucha por la supervivencia. Los problemas que tienen son tan inmensos que es muy fácil perder la esperanza.”

Hablamos con las cinco hermanas, que van llegando a la zona de montaje de la cocina, donde cocinero y pinche al unísono montamos la máquina adjudicada al lugar con rapidez.

Las monjas nos explican que son 75 mil historias médicas en cinco años. Colas en la puerta a partir de las tres de la mañana de gente que busca el consuelo y remedio de estas campeonas de la humanidad, que se entregan cada día a los más pobres de los pobres de un Haití tan pobre.

Hablamos de los molinos de viento de Navarra y sor Aparecida le pregunta a su Dios que para cuándo en Haití. Mientras, el libro

de cocina solar pasa de mano en mano entre diálogos amenos. Les entregamos el lote previsto con esa sensación de ser unos *papanoeles* solares. A una hermana le sorprende que la lámpara de camping incorpore un sistema electrónico antimosquitos, y le explicamos que, hasta que no pruebe con los del lugar, no sabrá si es eficaz. José Andrés graba un vídeo para enviar a una televisión de Estados Unidos mientras el agua hierve en el patio.

Al rato, nos esperan a la entrada de Cité Soleil miembros de la ONG Pure Water, con los que hemos quedado para adentrarnos en el duro poblado de pobreza extrema. Comenzamos bajo los depósitos de agua elevados y tristemente famosos: fueron tiroteados como revancha por militares de fuerzas de la ONU en vete a saber qué batalla no muy lejana. Al lado, en una ciénaga llena de basura, los chavales revolotean, muchos caminan con el agua recién recogida de las cisternas y camiones. Es una fiesta, una celebración que atrae a los más pequeños, algunos con bidones de aceite industrial de igual tamaño que sus cuerpos.

Al poco, llegamos al humilde puerto con dos sectores de actividad. A la derecha, sobre la dársena de madera, los pescadores y sus familias enmendando sus artes le dan a la postal un aire de paz caribeña. Al otro, otra vez la descarga de negro carbón, aquí como centro logístico de primer nivel, con barcazas *sin radar* desde donde los grandes sacos de combustible pasan a hombros de estibadores rumbo a carros de tracción humana que los llevan a los almacenes cercanos. Con dolor, vemos descargar lo que fueron árboles, es el principio del colapso local.

Delante de la última cisterna, mientras los espigadores recogen bajo una carreta unos gramos de carbón caído, recorda-

mos lo que el día anterior nos contaba Jean Succar, el haitiano director de la oficina de Pure Water for the World: “Uno de cada cinco niños muere por enfermedades relacionadas con el agua. Ése es un drama con el que ha vivido este país durante demasiado tiempo y que tiene que terminar. Con *microsoluciones* como los filtros, estamos consiguiendo por primera vez reducir el absentismo escolar y prevenir multitud de enfermedades”.

Succar, que estudió en Estados Unidos y trabajaba para una filial de Western Union, pertenece a esa nueva generación de haitianos que ha tomado conciencia social después del terremoto... “Todos los problemas que teníamos han salido desgraciadamente a flote, en una magnitud mucho mayor de la que imaginamos. Nuestro pueblo necesita tanto, tanto...”

Cae la tarde, el naranja del cielo se mezcla con los lejanos nubarrones. El día finaliza con sofocante olor dentro de nuestros pulmones, con dolorosos escenarios para nuestros ojos, con demasiado peso por sentirnos unos privilegiados, con renovadas ganas de seguir al día siguiente encontrando otros lugares y gentes, otras o quizás las mismas realidades de este pueblo desafortunado.



La iniciativa The Solar For Hope continúa

Si deseas echar una mano a Haití, la iniciativa The Solar For Hope / Energía Solar para la Esperanza prepara su segunda acción sobre el terreno para realizar una aportación de equipamiento (cocinas solares parabólicas y recipientes eficientes, junto con algunos sistemas de iluminación solar portátil). Un curso de capacitación profesional para jóvenes, dirigido por José Andrés, con el soporte de un equipo local de colaboradores, promoverá el procesado de alimentos con eficiencia energética. Se recogen donaciones para la adquisición de los equipos. Los participantes reciben información de toda la trazabilidad del proyecto. Información en: www.thesolarforhope.org o por email a solarforhope@gmail.com



“Nunca nos habíamos enfrentado a un desastre de la magnitud del terremoto. Ahora sí que es una auténtica lucha por la supervivencia”

TODA AYUDA ES POCA CUANDO TODO ESTÁ POR HACER

Tocaba salir de Puerto Príncipe rumbo a las montañas. Sirvió para respirar aires con menos cargas. Allí, después de ver algo de verde abundante, de *flipar* con el bullicio del mercado de Jacmel, de carretear la carga de alimentos, subimos largo trecho a ese destino tan coordinado, Areguy, donde nos esperaban Julian, Elena y Dori, de ISFPV, junto a Miguel, Jon e Iker, de Lanbi Elkartea, dedicados a facilitar la educación en la zona. Las hermanas del colectivo Madre Laura, Agathe y Lina, varias veces contactadas para los preparativos, nos pusieron mesa y enseguida estábamos montando cocinas y entregando materiales: “Antes del terremoto, Haití era ya una emergencia”, recuerda Julián Bajo, 54 años, nacido en León, criado en el País Vasco y curtido en el lugar, donde pasa estos días sus *vacaciones*. Julián es médico familiar y miembro de Ingeniería Sin Fronteras. Todo su empeño es crear aquí, en el sur profundo de Haití, un modélico centro de salud. “El haitiano es un pueblo superviviente por naturaleza”, asegura, “pero las necesidades son tan grandes que toda ayuda es poca. Mucha gente ha venido a las zonas rurales tras el terremoto, pero se han dado cuenta de que aquí no hay manera de salir adelante porque no hay trabajo. La única opción de vida es la subsistencia.”

Ya de noche, y con los dos vehículos averiados, llegamos al ajetreo urbano. Queda poco para partir, se suceden reuniones con agentes locales, se terminan de cubrir los reportajes y objetivos que nos trajeron al lugar, se repasan vivencias... Son

demasiadas experiencias, así que es mejor dejarlas reposar para cuando estemos de nuevo en nuestras cotidianidades.

En Haití, una histórica perla de la Antillas, el primer pueblo libre de la esclavitud, víctima geopolítica de dominadores globales, su gente y la comunidad internacional tenemos la oportunidad de colaborar en su reconstrucción, con un proyecto lleno de humanidad, justicia y sostenibilidad. Haití merece recibir lo mejor de las tecnologías de energía renovable, de la eficiencia, conservación del agua para sus ciudades y sus poblaciones rurales, mientras la reforestación de sus cauces y laderas genera cientos de miles de empleos *verdes*. Como explica Félix I. Ponte: “Haití necesita colaboración y supervisión internacional desinteresada para la rehabilitación de un sistema político que propicie su gobernabilidad soberana, cimentada en principios democráticos, de justicia social y equidad, transparente y libre de la corrupción inducida por el narcotráfico, de la avaricia de los oligarcas nacionales y la de los organismos financieros internacionales”. Este país necesita un renovado compromiso de solidaridad entre humanos, constante y permanente, ya que nos va mucho en ello. Nosotros, tres ciudadanos afortunados, teníamos que ir y fuimos, y posiblemente volveremos... Cocinar alimentos e ilusiones con eficiencia es, allá y aquí también, necesario. ■

Más información en Integral Práctica
Agradecimientos: Desde aquí, queremos dar las gracias a los donantes por su ayuda, que hemos materializado en tecnología solar. Gracias al equipo humano de Air Europa por colaborar más allá de lo previsto con el transporte de 23 enormes paquetes. Y también ciudadanos anónimos, empresas de la economía solar e incluso Carrefour acudieron a la llamada sin pensárselo mucho. Fundación Terra puso su logística, junto a las cocinas parabólicas aSol a las que da soporte.